

# EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 29 de Octubre de 1899.

Número 18

## BELLAS ARTES.



**CURIOSIDAD.**

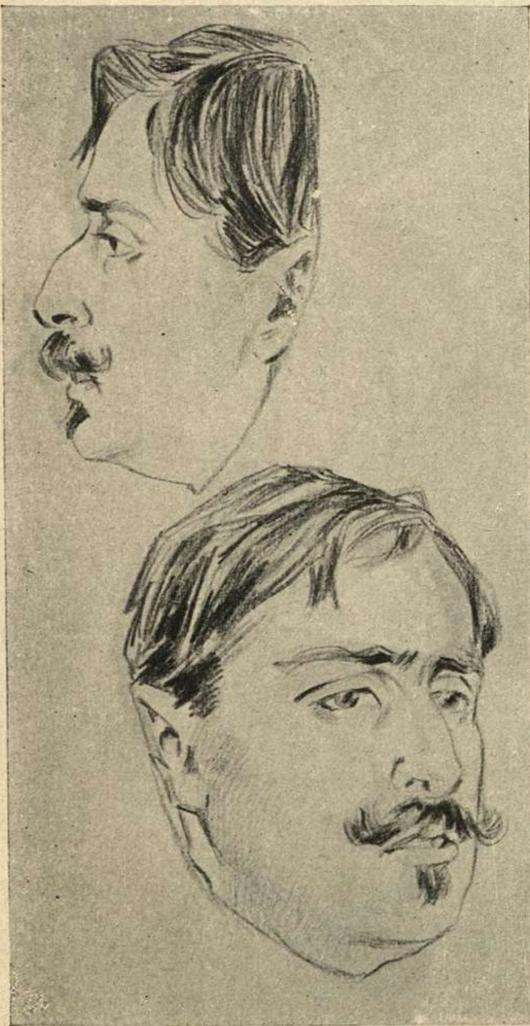
*L. Passini.*

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

*Florilegio de José Juan Tablada.*— Este libro que acaba de desflorar tiene para mí un mérito supremo: encierra una alma. Es difícil hallar en la moderna poesía americana, hecha por lo común de marginales y pastiches, esa misteriosa huella de la personalidad que, al través de la retórica y de la rima, nos obliga a decir lo que el viajero que ve el molde de un pie en la floja arena del camino: por aquí pasó un hombre. De algún tiempo acá noto en los jóvenes recién venidos al arte, la falta absoluta de impresiones directas y propias, y el afán de ocultar la miseria psicología con garrulos rebuscamientos y vocablos raros y brillantes. Son las estrofas de estos flamantes rimadores á manera de frágiles vasos fabricados con limo tan deleznable que un soplo basta para desbaratarlos.

El *Florilegio* de José Juan Tablada no es una urna vacía, y aunque se ve que el artífice, al labrarla y pulirla, tuvo delante célebres modelos, no por eso copió con el servilismo de un impotente; antes bien, bajo la presión de su mano experta se abrieron flores nuevas, enarcáronse pétalos exóticos y una palpitación de vida recorrió los platerescos ornatos. No son flores artificiales las de este jardín exquisito; son extrañas, á tal punto, que algunas veces semejan extravagantes fantasías. Pero, óyeme bien, curioso enamorado de la belleza, si te acercas á esos cálices caprichosos, no encontrarás, como creías, pétalos de alambre y hojas de terciopelo, sino que te admirarás viendo cómo está animada, esa flora inclasificada y casi sobrenatural, de savia ardiente y fecunda.



Lo que en Tablada parece artificial no es otra cosa que el hallazgo de alguna forma que la multitud no trasegó y que el artista aprovechó con la intuición maravillosa de su temperamento.

En efecto; no hay exquisiteces más francas, más espontáneas ni más hondamente sentidas, que las que caracterizan el *Florilegio*, cuyas páginas, huelen, con una aristocrática vaguedad, á arrozales del Japón, á higos de Smirna, á incienso, y á no sé qué suave fragancia de *hibelot* tocado por manos de mujeres hermosas.

Mas dentro del verso amplio, sonoro, transparente, como en el fondo de una copa de abierta corola de cristal, burbujea y bulle la sangre como un vino generoso. La poesía de Tablada, llena de primores, de finuras, de filigranas, obra de un aurifabrista delicioso, es un modelo de belleza. Y no sólo por su dicción pura y clara y por sus felices combinaciones rítmicas, seduce esta poesía nueva, sino, por que, á la vez tiene un eco lejano, pero constante, de gritos dolorosos.

En las composiciones batallarias se acentúa más

el amargo resabio de sufrimiento descreído y martirizado que el poeta dejó escapar por entre las junturas de la rima.

Tablada es ante todo un apasionado; más bien, un pasional. De su pensamiento hiperentesiado por largos ensueños y de su corazón rebosante de ternuras, ha salido esa dulce y musical elocuencia con que nos transmite sus raras emociones hasta transportarnos, por el poder de una divina taumaturgia, á sus extraños y luminosos paraísos.

Porque el poeta del *Florilegio* es un visionario refinado, que, por odio al vulgo, ama esos erotismos místicos, esas perversiones tramadas de sensualidad y de religión, en las que el deseo oficia como un sacerdote, en misteriosos y satánicos ritos. Tablada introdujo entre nosotros, el *nuevo estremecimiento* de Baudelaire; y de sus viajes al alma enferma y hosca de Huysman trajo el recuerdo de esas infernales y negras ceremonias. Cuando nos da á comulgar sus *hostias negras*, experimentamos una sensación de malestar complicada de voluptuosidad y de regocijo: en la obscuridad del templo enlutado, la tentación roza nuestros labios con sus alas veludas.

El poeta nos contagia con sus sueños de opio, y al rumor metálico de las estrofas, y á la luz intermitente de los tropos, sentimos que

El corazón desangra herido  
Por el cilicio de las penas  
Y corre el plomo derretido  
De la neurosis en las venas.

Ah! con cuánto placer llegamos al final del libro para murmurar como á la salida de un culto prohibido, el *Lous Deo*, con que mansa y serenamente se despidió el poeta de nosotros, convencido ya de que el goce satánico no da la felicidad y sí el hastío.

\* \*

Confieso que esa parte del libro es la más seductora para mí, porque á través de ella, como á través de un símbolo artístico, entreveo el espíritu de Tablada, triste, adolorido, inquieto, nostálgico de ideal y enfermo de escepticismo y desesperanza.

El *Onix*—una admirable página moderna—es un profundo sollozo de la tristeza humana, un suspiro del dolor eterno, un grito de la infinita angustia de vivir.

Bien hizo en anunciarnos el poeta desde la portada que su libro era una jaula, una lápida y una lámpara; jaula de sus sueños, lápida del sepulcro de su fe, lámpara de su amor; su vida, en fin, el resumen de su vida intranquila que promete terminar en la beatífica tranquilidad de un arrepentido y de un resignado.

\* \*

El *Florilegio* es un libro encantador como obra de arte; señala un rumbo; fija una época; marca una evolución.

Después de Rubén Darío y de Manuel Gutiérrez Nájera, ha sido José Juan Tablada el propagandista más avanzado de la actual estética francesa. Este literato es japonófilo por inclinación: se sintió desde el principio de su carrera hermano menor de los Goncourt, y ellos lo llenaron de amor por los crisantemos y de veneración por las flores de lis.

¡Oh, excelsos admiradores del Japón y del siglo diez y ocho!

De sus autores favoritos, de sus estudios y de sus lecturas, no ha tomado sino aquello que convenía á su temperamento y á la segura formación de su personalidad. Claro es que en la poesía de Tablada se siente la caricia de Baudelaire; se oye la voz unciosa de Verlaine, se ven pasar rápidamente las sombras de los poetas malditos; pero el cantor del *Florilegio* hace creaciones de sus reminiscencias, y en todas partes halla su sinceridad y su estilo.

Tablada es un espléndido colorista, y así en sus miniaturas como en sus lienzos decorativos tiene toques de luz y matices de un vigor extraordinario. Los poemas exóticos son verdaderas joyas en este sentido. La *Atlántida*, el *Canto de los gemas*, los *Fuegos artificiales*, son un derroche de policromías admirables.

Y cierro el *Florilegio* pensando en que he admirado la labor de un artista y oído la confidencia de un hombre.

¡Oh, cosa rara en estos tiempos de las rimas efímeras y de las estrofas frágiles y vanas!

\* \*

... Y no podría contarte más: son muy escasos los sucesos de la semana. Convén conmigo, muchacha de los ojos risueños, que en México la aparición de un libro bello es un suceso. Por eso te entretuve hablandote del *Florilegio*. No te enfades. Pasemos á otra cosa. ¿Has ido á la ópera?

Nos visitó Mimí. Es imposible olvidarla ni dejarla de ver por mucho tiempo. Nada hay tan tierno ni tan conmovedor para nosotros que verla del brazo de Rodolfo, mientras cae la nieve en la mañanita gris y triste en que prometen dejarse los dos bohemios cuando vuelva la tierra á cubrirse de flores.

Del idilio callejero nos queda siempre una memoria dulce. Van y vienen las grandes óperas, las opu-



lentas, las magníficas; nos entusiasman, nos arrebatan, nos sacuden; pero no bien desaparecen, cuando ya preguntamos:—¿En dónde está Mimí?

Ahora acabamos de llorar con ella; volvió como de costumbre, muy tierna, muy linda, muy dulce, muy sumisa.

La fresca y deliciosa música de Puccini fué interpretada de una manera excelente por el maestro Bovi. Se conoce que el maestro está como nosotros; encantado con Mimí.

Y, dime, muchacha de los ojos risueños ¿no es verdad que tiene razón?

*José Juan Tablada*

## LA FE Y LA FELICIDAD.

Los creyentes dicen: «El escéptico es un egoísta; duda de todo para eximirse del cumplimiento de sus más altos deberes; niega el más allá para evitarse la angustia y el tormento de creer en el eterno castigo; duda de Dios ó lo niega para no tener que temerle ni que respetarlo; niega el alma para tributar homenaje á la materia y crearse el derecho á todos los goces. En el fondo de cada escéptico hay un sibarita; creer es maniatarse, ahorrarse, ponerse cadenas al pie y esposas en las manos; la creencia es itinerario que encarrila y obliga á seguir una senda determinada; dudar ó negar equivale á *flanear*, á echar por el atajo, á proclamar la libertad desenfrenada de la acción.»

«El escéptico es un sediento de goces que rompe todas las trabas y desata todas las ligaduras; quiere gozar de todo y derriba al rededor de sí los muros que lo aprisionan y los valladares que lo contienen; tira el fardo para aligerar el paso, no tolera presiones ni tensiones; quiere, como la mariposa, volar de flor en flor y se aligera de escrúpulos, de reticencias, de susceptibilidades y de preocupaciones para volar más ágil y libar mejor miel, en más perfumados cálices!»

«En el fondo, el escéptico es un sediento de placer y de felicidad que pisotea tradiciones, estruja y desgarras respetables textos, vuelve la espalda al pasado para mejor vivir de presente y da de barato el mañana para disfrutar más completamente de la dicha actual.»

Los escépticos dicen: «Felices los que creen! no puede darse mayor dicha que la de esperar y confiar! Saber que tras de esta vida hay otra y eterna vida; que todo dolor tiene como recompensa un goce inefable é inextinguible; estar cierto de que tras de cada acechanza hay un amparo; tras de cada desengaño un consuelo, tras de cada lágrima una sonrisa; sentir al lado de sí y sobre sí una protección permanente, un escudo que cubre contra la saeta, un casco que defiende contra la maza, una cota que embota el puñal, una mano que aparta de los labios el cáliz amargo! Ser ciego y contar con un guía; ser ignorante y poseer un Mentor, caminar extraviado y encontrar una brújula, nada puede haber ni más dulce ni más consolador.»

«Vivir sin creencias es vivir solo, atendido á las propias fuerzas; es tripular una barca abandonada en mar proceloso, lanzarse á un arrecife sin faro, cruzar la selva sin una tea. No es la fé quien tiene los ojos vendados; la duda es la ciega. Quien cree: ve, oye, palpa; quien duda, tantea, tropieza, vacila; apaga la luz quien abandona la fé y está condenado, nuevo Judío Errante, á marchar sin objeto, á caminar sin meta, á sufrir sin consuelo, á luchar sin esperanza de triunfo.»

En cuál de estos encontrados alegatos está la razón y á quién de estos dos contendientes asiste la justicia? Es el creyente quien debe menospreciar al escéptico ó el escéptico quien debe envidiar al creyente.

te? La solución no puede ser general ni absoluta; hay escépticos y escépticos como hay creyentes y creyentes.

Creer á la usanza musulmana en un más allá de goces infinitos, tangibles y materiales, en bosques frondosos y lagos tranquilos, en palacios suntuosos, en huríes semidivinas, en perfumes embriagadores, en la eternidad del placer y la eternidad de la dicha, debe ser una felicidad. Comprar con abluciones y cortas plegarias un paraíso inefable y eterno, nada puede haber mejor. Pero creer, á la usanza india, en divinidades monstruosas y desmesuradas, crueles como tigres, implacables como Gorgonas, asoladoras como huracanes debe ser el más cruel de los tormentos; la mitología escandinava no puede crear ilusiones, ni esperanzas, ni hacer surgir consuelos. El puritano inglés, sombrío, acosado de terrores místicos, amagado de tremendas asechanzas, tiene por patrimonio el dolor y no la felicidad.

Creer, no es ser feliz, sino con la condición de que la creencia esté impregnada de esperanzas y embebida de ilusión. Con un paraíso griego, con dioses de ópera bufa, se puede á la vez creer y gozar; si la fe reviste las sombrías formas puritanas, indias ó escandinavas, tiene más cuenta dudar ó negar.

La felicidad del creyente está basada, pues, en la naturaleza de su creencia, en las promesas que formula, en las esperanzas que alienta, en las ilusiones á que da pábulo, en las aspiraciones á que promete satisfacción. Cuando la creencia que se adopta, consuela á la vez que amenaza, estimula á la vez que amedrenta, empuja á la vez que retiene, el creyente no deja jamás de hacer pie en el lado dulce, consolador y tierno de su fe, y punto omiso ó poco menos en su lado amenazador. Se cree más fácilmente en la misericordia que en la justicia, en el perdón que en el castigo, más se espera el cielo que se teme el infierno, y la fe es sin disputa, en estas circunstancias, un elemento de consuelo y de bienestar.

El escéptico no es tampoco, ni tan sibarita ni tan desgraciado como se le pudiera suponer; todo depende de la naturaleza y alcance de su escepticismo. Dudar de todo ó negarlo todo, es de todo punto imposible; el filósofo que dijo «dudo de que dudo...» lo hacía por jugar del vocablo. En el fondo de todo escéptico hay un creyente; quien niega lo sobrenatural ó duda de ello, cree en lo natural, y quien no acepta el *más allá* apechuga por lo menos con el *más acá*. La duda absoluta, general, universal, no existe; cuando más, se presenta como un caso patológico, como una enfermedad del espíritu cuyo tipo inmortal es Hamlet, y Hamlet creía en muchas cosas, entre otras en la sombra de su padre y en su venganza.

Para el escéptico hay también un balance que puede serle favorable ó desfavorable, según la naturaleza y trascendencia de lo que acepta y de lo que niega ó le inspira duda.

El escéptico que negara el infierno y aceptara el paraíso, no podría menos de ser feliz. No deja de serlo tampoco, puede al menos serlo plenamente, el que, como es lo general, niega lo sobrenatural y acepta lo natural. Negar lo sobrenatural, ya lo hemos dicho, es prescindir de goces, pero también prescindir de dolores; es vedarse esperanzas y matar ilusiones; pero es también suprimir terrores é inquietudes. Ahora bien, es indudable que con esa supresión pierden los sedientos de placeres, los insaciables de goces; pero es indiscutible que ganan mucho los tímidos, los inquietos, los que prefieren sacrificar el placer con tal de no exponerse al dolor y esta clase de seres son legión. En nuestra raza, especialmente, abundan quienes pretieren no gozar con tal de no exponerse á sufrir, y quienes sacrifican gustosos sus goces con tal de no experimentar contratiempos. Contentarse con poco, renunciar al poder, á la gloria, á la riqueza, con tal de evitarse enojos y desagradados, de trabajar poco, de no prescindir de la siesta, del paseo, de la guitarra, es la regla y no la excepción entre nosotros. Nuestras clases medias podrían ser escépticas sin llegar á ser desgraciadas y nuestros indígenas no son de hecho sin ser por eso más infelices.

Lo que hay en el fondo de esta tan debatida cuestión, es que la felicidad no es cuestión de fe sino de temperamento y de carácter. Todo sistema de creencias tiene su lado alhagador como su rincón sombrío; todos encierran esperanzas y temores, ilusiones y desencantos; todos prometen placeres y penas, todos seducen y todos aterran. Del carácter del creyente depende apoyar de un lado ó del otro; sentarse del lado de la luz ó del lado de la sombra; dar mayor importancia al elemento goce ó al elemento dolor, al aspec-



SR. GENERAL BERNARDO REYES,  
Gobernador del Estado de Nuevo León.

to esperanza ó al aspecto desengaño. Musulmán, boudista, católico, Demócrito hubiera siempre reído; Heráclito hubiera siempre llorado; Voltaire, católico no hubiera sido menos feliz y Lamartine, protestante ó judío no hubiera sido menos gemebundo.

Y es que la felicidad no está fuera sino dentro, y no radica ni vincula en el saber, ni en la fe, ni en la ciencia que se estudia, ni en la filosofía que se profesa sino en el carácter del hombre, en el juego de sus sentimientos y pasiones, en la forma impetuosa, explosiva ó serena y perseverante de la voluntad. Se puede ser feliz sin fe y sin ciencia y desgraciado sin ella y al contrario. La ciencia y la fe no hacen por sí mismas felices á los hombres; pero pueden hacerlos fuertes: la ciencia siempre, la fe, según sea ella. No hay más que una clase de escépticos desgraciados necesaria aunque temporalmente: los que han creído; pero es defecto é inconveniente que, como el de la juventud, se cura con el tiempo.

*D. M. Reyes*

## HISTORIA DEL EJERCITO.

En una obra que con el título de «México y su evolución social» publicará espléndidamente ilustrada la casa Ballezá y Cía., la parte relativa al ejército ha sido confiada al Sr. General D. Bernardo Reyes. Engalanamos nuestras columnas con la última página del estudio del Sr. Reyes, que resume, en rasgos magistrales, la acción de este magno organismo y su transformación laboriosa y sangrienta de clase privilegiada en institución nacional. El ilustrado autor ha escrito con *amore* su trabajo, y nuestros lectores juzgarán con qué arte espontáneo sabe comunicar la seria y viril emoción que lo domina al sintetizar la obra de sus mayores y sus iguales al través de nuestra dramática historia.

\*  
\*\*

Hemos pasado por las amargas pruebas que nos impuso la ley ineludible de nuestros antecedentes histó-

ricos, de los atavismos de las razas de que somos la resultante, de la ebullición de sangres enemigas, que se mezclaron con sus odios y sus energías contrarias; y al fin, depurados por el fuego de todos los tormentos, acrisolados, después de sufrir el martirio de tremendas luchas, nos podemos presentar ante el mundo, con un ejército que ha sabido, sacrificándose, formándose entre la matanza, salvar la independencia y la libertad de la patria, formidablemente amenazadas en el luctuoso período de sesenta años de constantes guerras.

Aquí está, pues, este Ejército Mexicano, con sus 26,000 soldados en la paz, con sus 160,000 soldados en la guerra, teniendo por historia la que hemos trazado, por norma el deber, y por religión el honor.

Para saber cómo este Ejército ha venido á formarse, hemos asistido á la gran epopeya de la República, y hemos visto á sus héroes luchar, remontándose gloriosos á la luminosa región de los inmortales.

¡Qué cuadro el que hemos presentado! Se emboza el campo con su maleza bravía, su arboleda sombría, sus montañas y sus torrentes salvajes; el flechero cazador de allí, es el guerrero que disputa la presa ensangrentada, y alza el chuzo con nervioso empuje, y lo hunde en el pecho del contrario.

Aparece la tribu armada de lanza y arco, que defiende un campo en que hizo brotar la planta noble, que brinda el alimento tan buscado. Se advierte la ciudad embrionaria, que se apresta á la lucha por su sosiego, en que anhelante trabaja por su bien, y que turba la atrevida hueste ávida de botín. Se mira la Nación, la raza que reúne sus contingentes y que forma las falanges guerreras, que defienden la tierra en que se extiende y se sustenta, la tierra en que su vida se desarrolla, ó que se lanzan á dar más amplitud á las fronteras, á buscar para su acción nuevos países.

Es la raza azteca esa raza, y se la ve asentarse en el Anáhuac, sobre un valle cubierto de lagos y arboledas; se la ve combatiendo con los vecinos, y organizando un ejército asombroso; pero hombres extraordinarios, cubiertos de hierro, invulnerable á las armas de los aborígenes, y que disponen del fuego y del rayo [el arcabuz y el cañón], aparecen por el Oriente, aliados con sus innumerables y antes vencidos enemigos, y ahogan á sus guerreros en su sangre, y sujetan al pueblo subyugado, á largo cautiverio.

De la mezcla de cautivadores y cautivos, nace una nueva y ardorosa gente, que arroja al fin á los advenedizos, que siempre engreídos, conservar quisieron el dominio, cansándolos, venciéndolos en cruenta y prolongada guerra; y entonces se forma una nacionalidad heterogénea, la nacionalidad mexicana, de distintos orígenes y aspiraciones, de ilustración diversa; y luego esa Nación es campo de anarquía: conmueven por sesenta años su tierra, la pelea y la lucha, contra propios y extraños. ¡Cuánta sangre y qué vitalidad para soportar las terribles y constantes hecatombes!

¡Qué época la de nuestras guerras! Los batallones que combaten, y sus restos ensangrentados que son vencidos ó que triunfan; los escuadrones arrebatados por el vértigo de la carga, que caen destrozados; los cañones que truenan é iluminan siniestramente; los estandartes flotando, corriendo con llamas encendidas, en los amigos y enemigos campos; tropas chorreando sangre, que se miran entre el fuego y el humo; brillo de armas, fragor de bronce, toques de cornetas y tambores, flamear de banderas vencedoras ó vencidas. Tal fué el cuadro apocalíptico de nuestras luchas intestinas!—Y así, despedazados por ellas, nos agobia la invasión anglo-sajona, y luego, más tarde, viene el galo á nuestro festín sangriento; pero nada se agota: ruedan instituciones envejecidas, ruedan cabezas con coronas, y al fin, tras tanto padecer, tras brega tanta, se alza nuestra República gloriosa, se yergue al cielo, por nuestro ejército sostenida, la nacional bandera mexicana.

Al reflejarnos la historia en su gigante espejo fiel, la perspectiva de los tiempos todos, el vértigo de lo infinito nos invade, se siente el deseo de acciones grandes, y la emoción, electrizando nuestros nervios, nubla la vista y aprieta el corazón.

GRAL. BERNARDO REYES.

# UN PINTOR DE MUJERES.

HELLEU Y LAS PARISIENSES.

Hay músicos feministas, esta es la palabra, en cuyas melodías, en cuyas instrumentaciones, en cuyos mismos trozos descriptivos, palpita el eterno femenino, como siluetas armónicas de hembras tristes ó alegres, en que la hembra alta ó baja, plebeya ó hidalga, ríe, llora, canta, gime; que han sorprendido y aprisionado en el pentagrama, la armonía de la mujer.

Hay poetas feministas, que consagran á la mujer un platónico culto de estrofas, que la hacen desfilar por sus versos con ideales fisonomías, que impregnan de vaguedad melancólica, ó de su embeleso penetrante todo lo que escriben; poetas de alma llena de su delirante platonismo para la gracia femenil que pasa. Y son muchos estos poetas!

Hay por último pintores hechos para fijar el encanto de la hembra en sus pasteles, en sus acuarelas, en sus carbonos, en sus crayons, en sus aguas fuertes; artistas de elección, divinadores del encanto femenino, sacerdotes de esa gracia eternamente dominadora en el mundo. . . . . Helleu es uno de ellos; es acaso hoy por hoy el único.

Nadie como él ha pontificado con más simpatía, con más entusiasmo, con más delicadeza en esa capillita de la mujer. Mujeres flores, mujeres niñas, estos son los modelos de Helleu, raro maestro de las elegancias, cuyas obras están llenas de ensueño.

\* \*

Helleu es un feminista convencido, y hasta indulgente, porque no desdeña silueta alguna en sus obras, por humilde que sea, y las líneas de su lápiz saben sublimarlas á todas. Su obra presta una vida y una elegancia especial á todas las mujeres en su vida íntima, en sus actitudes impensadas, en su vida decorativa, fijando siluetas fugitivas, infinitamente graciosas, actitudes de dulce divagación, de alto ensueño, de serena alegría, de mansa tristeza. Y en todo detalle que fija, hay esto, una alta melancolía unida á un alto embeleso. . . . . En la mujer que lee su libro favorito, en la mujer que deletrea en el piano una vieja romanza, en la mujer que contempla con curiosidad un cuadro; en la mujer que echa á volar su mirada por la mansedumbre de un paisaje; en la que en la semivaguedad del sueño que viene, da vuelta como á un rosario irizado á las diversas impresiones del día, y las deletrea, y las reconstruye, y las repasa. En la que, á bordo, deja ir su pensamiento hacia el horizonte lejano; en la que entorna los ojos llenos de voluptuosidad ante un recuerdo placentero. . . . .

\* \*

Nadie como él ha sabido escribir con el pincel, con el lápiz, con el mismo buril sobre el cobre ó el acero esta suprema monografía de la hembra; nadie como él ha sabido penetrarse de ese raro y delicado encanto cortesano de las mujeres de Watteau, su maestro lejano, su eterno admirado!

Cómo, por qué camino, ese exquisito del arte llegó á tan decidido y bello culto por la mujer? Por vocación, por una decidida é infinita vocación; era el llamado, era el elegido; era el único, y la mujer le debe sus más ideales perfiles, sus más altas y serenas concepciones.

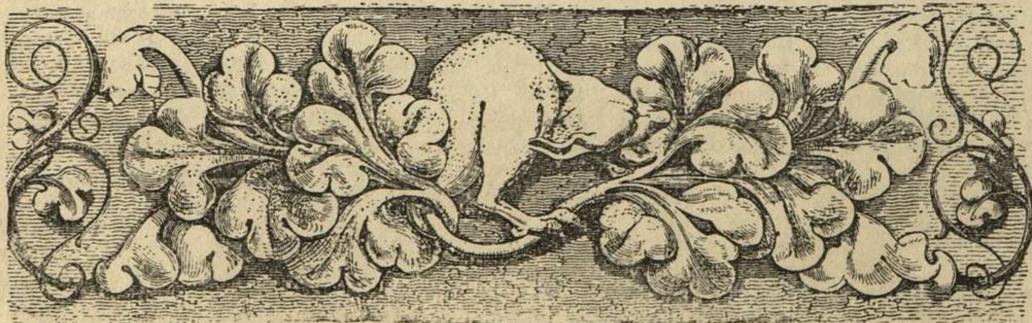
El ha resucitado todas esas divinas figuras del siglo XVIII tan amadas por los Goncourt; él ha sabido fijar los viejos encantos: de una tela empalidecida, de un ramo de flores próceres en un vaso de Sevres; de una estatua envuelta en un parque abandonado de Versalles por las guías y las parásitas; de un término jovial que ríe ante la majestad triste del sol poniente de un pensador que se pierde en un recodo umbroso; de una cabecita risueña que se inclina hacia un esauque plácido. . . . Y así, á la margen de un riachuelo, así á la sombra de un árbol, así tras la empalizada verde que limita un predio, así en el bote ligero que boga sobre el estanque. . . . la mujer, siempre la mujer, enigmática, elegante, soñadora. . . . . hermosa, infinitamente hermosa!

\* \*

En esta inmensa monografía, Helleu no ha olvidado—¡oh, no por cierto!—á la mujer en el hogar. Besando con una caricia casi virginal á un niño, jugando con él, hablando con él, arropándole en la camita mul'ida; y en este género, los tipos resultan de un maravilloso encanto, de una beatitud y una majestad incomprensibles.

El *Figaro*, el primer periódico ilustrado de Francia, no podía dejar inadvertida toda esta especial y poética obra de Helleu, y le acaba de consagrar un número entero, que abunda en seleccionados ejemplares de su obra. De esos dibujos tomamos dos para el *Ilustrado*; el uno de infinita gracia familiar, el otro que es alarde de audacia en las líneas.

Creemos que nuestras lectoras hallarán en ambos el encanto que nosotros hemos hallado.



# LA PRINCESA DE LOS GANSOS.



A media noche vaga la bella Tifaina.  
Bañada por la luna, al borde del pantano,  
Y de las rosas frescas la tropa purpurina  
En los tallos se irgue, para besar su mano.

Ya los criados habían levantado los platos, las carnes ricamente sazonadas, los enormes pastales de trigo y miel; ya los pajes habían encerrado en su perrera á galgos y lebreles, ya se había alzado el silencio entre las sombras, cuando en el alto salón abovedado, alumbrado apenas por



antorchas pendientes de argollas empotradas en el muro, el anciano Señor del castillo, hundido en su ancho sillón de baqueta claveteado de bronce, se entregaba á la melancólica reminiscencia del pasado.

Afuera, según la estación, ó se engolfaba todo en el encanto de la luna que platea los campos de avena verde y las florescencias de Mayo, ó los bramidos de la tormenta corrían sobre las olas encrespadas, en tanto que algunas gaviotas cegadas por los relámpagos y arrebatadas por la lluvia, venían á estrellarse contra las vidrieras. En noches así, el vetusto edificio asediado por Noviembre crujía por todas las ensambladuras de su armazón, y las pesadas puertas batían con férreo y espantable ruido, y al mismo tiempo á lo largo de los interminables corredores de la fortaleza resonaban como sordos golpes de bigornia y gemidos siniestros, toda una procesión de almas en pena que hacía sudar de miedo al soldado, de centinela, agazapado en su garita, y tenía despiertos y con lúgubres pensamientos bajo el cráneo á los hombres de armas, de servicio en la sala baja del castillo.

Pero ya fuese que la tempestad rabiosa barrierá la nieve de Diciembre ó arrastrara las hojas muertas de Octubre á los fosos del antiguo dominio, ó ya fuese que la luna de Junio cirniendo su haz de rayos por el camino de ronda, recortara en siluetas fantásticas y movibles la sombra de los jaramagos floridos que poblaban los canalones, el viejo Bertrand Du Guesclin, en estío como en invierno, en primavera como en otoño, tenía, al empezar la noche, su hora funesta, la de las lamentaciones, la de los ensueños retrospectivos, la de los espectros que servían de cohorte á esa huésped de los ancianos que se llama la Tristeza. Y estando así, en aquel recogimiento, en la sala melancólica, llegaban las veladas largas hasta muy avanzada la noche, y el conde permanecía frente á frente del recuerdo que, algunas veces, llegaba con sandalias mudas y presentaba en el vano de alguna puerta sombría su faz risueña de otros días; y el anciano señor, sumido en una especie de sonambulismo, percibía los contornos vagos de personajes reclinados en los sillones del recinto, con ojos soñolientos y labios inmóviles; y susurraban en sus oídos los nombres de antiguos compañeros de armas, aclamados en otro tiempo entre el fragor de los combates ó balbuceados en la embriaguez cariñosa de los festines; y entre los pliegues de las tapicerías, figuras de pesadilla con sonrisas y gestos conocidos, aparecían trayendo en sus manos las flores de la juventud, antes resplandecientes y ahora descoloridas y mustias; y el anciano se levantaba trémulo, erguía su faz surcada por arrugas profundas, y enclavijando las manos

descarnadas y dejando correr lágrimas grandes y frías exclamaba:

—Tifaina!

Tifaina. . . . y se borraban las visiones de hierro y sangre de sus años guerreros, enrojecidos campos de batalla sembrados de cadáveres, bajo cielos coléricos, incendiados y melancólicos; saqueos de ciudades que retemblaban con los alaridos de los vencedores y los gritos de las poblaciones pasadas á cuchillo; entradas triunfales bajo los ondulantes pliegues de las banderas; con el escudo embrazado y la lanza en ristre, entre el repique de las campanas alegres; marchas forzadas durante noches frías; emboscadas en la sombra bajo la lluvia, al borde cenagoso de los pantanos, todo, todo eso se esfumaba en el vacío, y emergía la aparición vaporosa y flotante de una joven esbelta, pensadora y graciosa, con manos como hechas para dar limosna. Era Tifaina la bella, la que con sus sonrisas y sus caricias había como embalsamado el cuadragésimo año de la vida de Bertrand y que reaparecía poco á poco delante de él.

Parecía cautiva entre los árboles azules de la tapicería, sonriendo al través de las ramas realzadas de los manzanos amarillos de selvas fabulosas inventadas por los bordadores. Pájaros maravillosos de plumas resplandecientes revoloteaban en torno de aquella cabeza, y eran los ojos de Tifaina, sus ojos brilladores, transparentes y azules, aquellos ojos inmóviles; y eran sus pies desnudos los que lucían dulcemente sobre la yerba, en el enmarañado bosque de enormes y suntuosas flores.

—Tifaina. . . !

Y dentro de su corazón de antiguo jefe de mesnada, he aquí que la volvía á ver tal como se le apareció la primera vez, sentada junto á la fuente, cerca del pantano que limitaba una añosa selva.

Fué, al caer la tarde, poco antes de que anocheciera, cuando la sombra de la montaña caía lentamente sobre el valle y algunos rayos de sol prófugos doraban por instantes la cima de los pinos y se apagaban luego en el crespón de la noche. El aire era en ese momento de tan penetrante dulzura, que Du Guesclin, por esa época en el vigor de la edad, tuvo que violentarse casi para no desfallecer. . . .

La vió. . . . Estaba envuelta en una larga túnica gris, y caía desde sus hombros un manto de paño color de rosa, bordado de anémonas. Permanecía como una estatua, apoyado el codo en el brocal de una fuente, y estaban rodeándola numerosas formas blancas que se apiñaban con suave rumor y produjeron de pronto cierto ruido de alas. Fijándose el conde, reconoció que era





una parvada de ánades salvajes, que tendían hacia lo desconocido el esfuerzo simultáneo de sus cuellos.

Apesar de que se hallaba sentada, le pareció grande, en orme, gigantesca, y apesar de su proverbial valor y franqueza, él se detuvo vacilante enfrente de tan extraña silueta crepuscular, que se perfilaba como luminosa en el lindero de la selva, junto al pantano engrandecido por la noche.

Vacilaba aún, cuando la desconocida, levantándose del banco de piedra en que descansaba, le saludó con tan dulce voz, que él se imaginó que estaba oyendo hablar al chorro de la fuente.

—Desde mañana, hermoso señor de Tombelaine, le dijo ella, esperaré á usted todas las tardes de mi vida, aquí, como en la tarde de hoy.

Y los ánades tendieron el vuelo parlotando, y la joven apareció por un momento envuelta en un torbellino de alas, y se veían en tanto centellear radiosas pedrerías en la seda rubia de sus cabellos y en su manto recamado de rubíes.

Du Guesclin volvió todas las tardes, conducido como por la mano, junto al pantano, al soto florido que regaba la fuente; y venía no más que para ver de nuevo al sol ponerse y teñir con su último reflejo el manto y la cabellera de la joven, y sentía diluirse su corazón como una fresa madura, y pasó así tres meses de tiernas entrevistas, tres meses deliciosos, hasta la noche de San Juan, noche inolvidable en la que, entre el claro obscuro de los grandes árboles rejuvenecidos, fué á buscar, al son de las flautas y los laudes, á su novia que, vestida de bodas, adornada y engalada como el camarín de la Virgen, lo esperaba en el dintel ruinoso de la mansión paterna.

Oh! aquel viaje al través de los breñales de la antigua selva bañados por la luna, el olor embriagante de los pinos, la caricia inconsciente de los musgos que retardaban su marcha, la mirada profunda de las lucernas que parecían haber despertado sobresaltadas entre las raíces nudosas al pie de las encinas. . . . Oh! Todo el encanto del bosque feérico poblado esa noche de canciones, músicas, banderas y antorchas errantes, y en medio, por el sendero tortuoso, la desposada vestida de blanco y cubierta por transparente y tenue velo, conducida al dominio señorial de su esposo.



Y he aquí que de nuevo, entre los cortinajes bordados y las tapicerías descoloridas, el anciano veía pasar el cortejo nupcial con los diáconos que

llevaban las estolas al brazo, y el cura vestido de casulla bajo las franjas del palio; las vírgenes amigas de la novia, sueltos al viento los cabellos luminosos, y llevando en las manos ramilletes de lirios; los hermosos donceles conduciendo la trahilla de los perros; la mesnada, de caras impotentes y rudas con los morriones enguinaldados en señal de fiesta; los niños rientes y mofletudos estrechando contra sus vientres manojos de yerbas aromáticas; los trajes imponentes de las señoras, el cornete de las señoritas, las caperuzas de los músicos; los portadores de antorchas incendiando las tinieblas azules del bosque; los caballeros vestidos de gran lujo, y la luna reverberando en sus armaduras y en sus escudos de acero. . . . Tifaina. . . .!

Y tornaba á verla cuando, castellana ya, oraba como una santa en la capilla, trabajaba con sus mujeres en el gineceo tejiendo lana ó bordando oro fino; colocaba sobre el mármol negro que pavimenta el corredor del castillo macetas de heliotropos, ó aparecía en el ángulo de algún sendero de la campiña, á la sombra de los tilos, acompañada por el paje niño que cargaba la es-



carcela de las limosnas, siempre con su gran cornete de noble y poderosa dama, rematando aquel rostro encantador de ojos siempre bajos y sonrisa siempre bondadosa; cornete extraño de maga con la doble punta de sus velos que el menor soplo de viento agitaba con estremecimientos de alas, prestándole extraño atractivo. Y en pos de ella, la cola de su gran traje blasonado serpenteaba y producía un rumor á veces inquietante. . .

Oh! esta cola ondulante que tenía deslizamientos de culebra, ¡cómo desmentía lo imponente de aquel cornete puntiagudo como campanario, que alzaba su remate á los cielos! . . . .

Y Du Guesclin dió oídos á las insinuaciones alarmantes del anciano capellán, monje pusilánime que deramó en su corazón la ponzoña de la desconfianza, que hierde de muerte al amor y á la lealtad.

En efecto: la aparición de esta mujer había sido bien extraña; á la hora misteriosa del crepúsculo, en aquel sitio solitario y que tenía mala fama á causa de la fuente en otro tiempo consagrada á los falsos dioses, genios y ninfas desterrados por el Evangelio. . . . y ese amor súbito semejante á una fiebre maligna, y las languideces que sobrevinieron, y la fuerza irresistible que le condujo todas las tardes, á pesar suyo, al lugar de la cita, y hasta su nombre pronunciado con voz de agua que habla, y la parvada de ánades, fantasmas tan rápidamente evaporados en la noche, en todo eso debía haber hechicería y sortilegios, y el conde se debatía, cautivo de maléfico amor, presa en las redes de algún demonio ó de alguna hada.

Embriagado por el espanto del monje, Bertrand dió cabida á sus medrosos consejos y entró en sospechas contra la dulce y hermosa Tifaina.

—Por las noches, le decía el sacerdote con voz

opaca, ella abandona el lecho conyugal, gana el campo por antiguas poternas que se creían condenadas, y acompañada por un enano de cabeza monstruosa que aparta á su paso la ortiga y la yerba loca, va á sangrar la mandrágora y á cosechar la cicuta en las tumbas de los ajusticiados.

Y loco de espanto y de ansiedad, Bertrand quiso verla y seguirla una noche, pero no pudo pro-



recen mis primeras aterradoras sensaciones de miedo.

¿Por qué me causaban, desde tan pequeño, impresión tan honda los atardeceres?

Cuando las campanas daban el pausado toque de oración, como si se quejasen porque iban á quedar sumidas en la obscura soledad de las torres, me invadía una tristeza infinita, sentía en mis ojos plétora de lágrimas y la tristeza era precursora de mi miedo. Llegaba mi inseparable acompañero nocturno haciéndome sentir siempre su llegada, como en los rieles se siente la aproximación del tren, por estremecimientos, por vibraciones.

Odiaba yo la noche, deseaba para tranquilizarme que pronto encendieran luz.

Las hondas heridas abiertas en mi amor propio, por mis padres y hermanos, no bastaban á hacerme acometer la temeraria empresa de entrar en una habitación obscura. En una pieza negra y silenciosa, había para mí enorme cantidad de miedo que me bañaba al entrar. Se me desplomaba, abrumándome con su peso, sofocándome con sus mil brazos constrictores, como sofoca el boa con su anillado cuerpo cuando se desprende del árbol sobre la ternera.

Una noche mi padre me obligó á entrar en la sala sin luz.

Entré. ¡Cómo me aumentaron las pulsaciones!

Anduve despacio y en silencio; hubiérase creído que temía yo despertar á alguien.

Y cual si manos invisibles me hubieran oprimido bruscamente las costillas, me estremecí, enarqué el cuerpo hacía atrás, y volví violentamente la cara, con un grito de espanto.

Contra un mueble me descalabré y á la carrera salí, chorreando sangre y lágrimas.

En la misma recámara dormíamos, muy cercanos nuestros lechos, mi hermano menor y yo.



Juntos entrábamos los dos hermanos en la recamarita, y me apresuraba á dormir antes que Felipe entrase en el sueño. ¡Qué horrible quedarme solo!

¡Y en la pieza contigua dormían mis padres!

No pocas veces, Felipe rendido al cansancio provocado por sus juegos de atleta, sus retozos de muchacho sano y fuerte, dormía con sueño macizo, invencible para él y para mí que pretendía me acompañara en mi temible soledad. (Yo prefería á la pelota y el trompo, una novela por entregas, prefería la inmovilidad á la carrera, y mi pequeño teatro era el que más me atraía entre mis juguetes) Entonces procuraba que despertasen mis padres; una tos persistente me atacaba ó bien un dolor repentino, una neuralgia me hacía quejar ruidosamente.

Nunca en esas noches tuve valor, sino para descender de la cama castañeteándome los pocos dientes que me quedaban de los primeros que había tenido, y acercarme al bulto de ropa que, según mi consoladora presunción, era el que fingía en la pared, la figura de un burro enorme ó de un hombre agazapado.

Alguna vez el catre estremecido por mis movimientos, chillaba como grillo, y no seguro de que fuese el catre necesitaba yo cambiarlo de lugar.

Una noche desperté bruscamente á Felipe, preguntando qué le sucedía, porque me pareció que no respiraba, yo no oía el ruido de su respiración en el silencio de la alcoba. ¿Estaría muerto? Me pidió indignado que le dejase dormir.

Parece que había una doble personalidad, y que yo, el menos cobarde, iba á convencer al otro yo de que no llevaba razón cuando se atemorizaba.

— «¿Lo ves? no tenías razón.» Y sonriendo volvía á arrojarme.

Pero me engañaba yo mismo; mientras apretaba los párpados y me cubría la cabeza con las sábanas, para protegerme de los mosquitos que entonaban su monótona serenata, con el oído atento parecía cuidarme de enemigos invisibles, indefinidos, imaginarios.

Primeramente el ruido de un ratón que entretenía sus dientecillos contra la madera de un mueble, después la tos seca de la vieja criada allá lejos luego el lúgubre maullido de un gato, y yo me echaba á temblar con un estremecimiento constante y suave, interrumpido á intervalos por fuertes sacudidas brevísimas, como sucedía á nuestro feroz perro, cuando le ponían al sol después de bañarlo.

A veces empezaba yo á dormir y me descubría violentamente la cara, arrojaba lejos las ropas; había sentido, había tenido la seguridad de que un fantasma se me acercaba. El coco, ese coco nunca definido que era para mí hacía algunos años, según la voluntad de mi rodriza, un meigo de voz ronca, «que iba á llevarme,» ó un mou-

longar el espionaje, pues apenas llegado á los fosos del castillo, bajo el arco mismo de la entrada principal.

—Adiós para siempre, le dijo y volviéndose á él añadió: adiós, hermoso señor de Tombelaine, ya no te esperaré más todas las tardes, como la tarde aquella, porque la tarde de la muerte ha llegado para Tifaina. Dudaste, y muero: adiós!

Y en tanto que él agonizaba de espanto y de angustia asiéndose al muro con dedos crispados que sangraban, ella se desvaneció en el campo inundado por la luna, vibró un leve rumor de aleteo y ya no volvió más, nunca más.

¡Tifaina, Tifaina!

JEAN LORRAIN.

## ¡MIEDO!

«Sí, amigo mío, he resuelto aceptar esa defensa, y no voy á ser yo quien la haga, va á hacerla el mismo acusado; yo sólo repetiré lo que él me dijo:

—Si nunca ha probado usted ese agrio manjar, si nunca ha sentido calofriarsele la piel, mezclársele la sangre misma dentro de las venas, con el frío intenso del miedo, no acepte usted mi defensa; no sabrá defenderme, porque no comprenderá mi crimen—comenzó el imberbe encarcelado de mirada febril y ademán nervioso.

Jamás he experimentado la hermosa, la engrandecedora, la varonil impresión del valor. Nací cobarde, vergonzosamente cobarde, desesperantemente miedoso. No conozco más sentimiento que el miedo; como los ebrios experimentan todas sus sensaciones, al través del alcohol, yo he sentido todo, todo lo he visto al través del miedo; ahora mismo he deseado sentir el remordimiento, no lo conozco; he seguido sintiendo mi miedo general, un miedo á todo, sin particularizarlo, sin que me aterrorice la figura del muerto por las noches.

Con mis primeros recuerdos de la infancia apa-



Nuestro padre se había apiadado de aquel muchacho raquítrico, endeble, delicado, femeníl que deshonraba el mayorazgo, que sufría horribles pesadillas y prematuros insomnios, y había permitido que nos alumbrase durante la noche, velando nuestro sueño, una lamparilla que á veces como si quisiera también dormir, parpadeaba. Mi angustia era grande: ¡quedar á oscuras!

Envidiaba yo á los gatos que según el dicho de la abuelita sirvienta ven en la obscuridad; «el os pueden huir del peligro, pueden defenderse de los enemigos.»

tón de harapos verdosos que encuadraban una cara arrugada y negra, me hizo despertar todo en llanto muchas noches. Con su reaparición, yo sentía el mismo terror que cuando apenas empezaba a hablar. Me invadía todo el cuerpo, pero con especialidad la frente, un sudor frío.

¡Oh! sí, el sudor del miedo es frío, como el sudor de un bloque de hielo cuando siente calor.

Cuando me serenaba disminuía la impresión.

Los valientes deben sentir pocas veces calor frío. ¡Qué raramente ha de enfriarse el cuerpo!

Ahora aquí, en esta celda, he recordado muchas veces aquellas noches, por estas que paso; la misma impresión desesperante cuando, al despertar entre el silencio, sólo oigo las campanas del reloj vecino que indican los cuartos de hora. Esperaba impaciente, contándolos con cuidado y si daban cuatro ¡qué alegría! una hora más de marcha lenta, como marcha forzada, de la imponente noche hacia su ocaso.

¡Ah, la Aurora! Me producía el mismo efecto que he visto luego que causa á los enfermos que no logran conciliar el sueño.

Me volvía la calma, la confianza en los seres y en las cosas. Hasta la esperanza de que viviría más; muchas noches sentía ahogarme, me faltaba aire, ¡ignorante puerilidad! ¡el corazón no me latía! Entonces llamaba, gritaba... Siempre «¡la pesadilla!» no me pedían explicaciones ya.

No olvidaré cuando subía la escalera, silbando fuertemente para ahuyentar *el susto*, y en el corredor, acurrucado, me aguardaba mi hermano. Saltó á mi paso, y gritó: ¡ahhh!

Las lágrimas, que procuré ocultar á miradas ajenas, fueron de dolor, de rabia, de desesperación, de impotencia, de vergüenza. ¡Mi hermano menor me había atemorizado!

Y bien, ¿no era yo hombre? ¿no tenía por mi sexo obligación de ser valiente? ¿no debía luchar?

Y yo trataba de convencerme: en resumen ¿qué era lo que temía? ¿qué lo que me causaba miedo?

¡Si hubiera sido algo definido! Yo no habría sido, no sería un infeliz cobarde. He conocido á un hombre que temía horriblemente á los perros, por pequeños que fuesen; pero sólo ellos le causaban temor.

Trataba yo de persuadirme: ¿por qué en las contiendas con mis compañeros, cuando preveía que terminaríamos en una lucha cuerpo á cuerpo, el temblor me invadía las carnes, y mi cara se hacía pálida, como la cara de aquel viejo santo que en un nicho cuajado de prismas cristalinos estaba en nuestra recámara alzando al cielo sus miradas vidriosas?

En todo caso, si la derrota se declaraba por mi parte, no podía ser lo que sufriera sino un golpe más ó menos doloroso que nada significaba.

Sin embargo, siempre lo mismo, entonces con ningún talento, y después con alguna diplomacia, huí de los asaltos de pugilato callejero, tan comunes entre los escolares.

Una vez, en los momentos en que se levantó, para descargarse sobre mí, la mano cerrada de un compañero, con quien reñía, la ví agigantarse, anticipadamente sentí con descomunal fuerza el golpe, y grité y corrí miserablemente, sin intentar siquiera defenderme.

Por fortuna no había testigos, y rogué á mi adversario que al día siguiente no publicara mi deshonrosa derrota.

Lo hizo; seguramente pensó que esos triunfos no merecen publicarse.

Sólo una vez recuerdo haber llevado en la cara, las huellas de una lucha corta y desigual; urgía demostrar que no tenía miedo y acepté ¡con qué gran esfuerzo de voluntad!

Pero Joaquín fué quien comprendió muy bien hasta qué punto era yo cobarde, y muchas veces me hizo con sus burlas, con sus sarcasmos, el ludibrio de todos los demás compañeros nuestros, en aquella escuela primaria.

Ni yo mismo supe por qué aquel muchacho, distraído, juguetón, que parecía no observar hecho alguno, llegó á tener el conocimiento y la exacta medida de mi cobardía.

Yo habría sido muy feliz, si el destino nos hubiera separado al salir de aquel destartado y sucio salón, en donde hiciéramos nuestros primeros estudios.

¡Juntos fuimos á la Escuela Superior!

Llegó á tratarme con cariño, pero su cariño que llevaba la ternura de la compasión y la frialdad

del desprecio, me ofendía, me injuriaba. Me quería porque no era yo digno de que me odiase.

Su orgullo le obligaba de cuando en cuando, á hacerme sentir su superioridad, á recordarme que me conocía, que había descubierto la vergonzosa enfermedad, el asqueroso mal de que era víctima mi espíritu.

Comprenda usted todo lo grandioso de mis esfuerzos, para hallar siempre una contestación ingeniosa á la frase en que iba envuelta una injuria, una respuesta que les hiciera olvidarse de que yo debía proferir otra ofensa. Y les hacía reír con mis palabras, cuando la rabia me ahorcaba, y el miedo destilaba gota á gota helada en mi corazón.

Al separarme me entregaba á la desesperación de mi ira contra él, y contra mí que no podía dominarme. Yo empezaba á pensar seriamente: ¿qué iba á ser de mí en la lucha de la vida, si no sabía, si no podía dominarme, vencerme á mí mismo?

Formaba mi resolución; le injuriaría, reñiría con él, aun cuando perdiese; eso ya no era mi culpa, sino obra de su notable superioridad física. Y, á la mañana siguiente, cuando le veía, y sobre todo, cuando el me veía, mi túnica de valor se me rodaba hasta los pies y me dejaba al descubierto, tal como yo era: un tembloroso cobarde.

Llegué á dominar mi amor propio, y una tarde, tarde tempestuosa, lo recuerdo... en esas tardes el relámpago y el rayo me producían tal impresión de terror, que huía de la soledad, iba á buscar compañeros; ría usted: ¡al lado de ellos temía menos al rayo! Esa tarde le supliqué: si era más fuerte, si era más valeroso, podía mejor protegerme contra los demás, que ridiculizarme ante ellos. Si era dueño de mi secreto ¿por qué no lo guardaba? Me oyó seriamente.

Aquel día sintió, es seguro, crecer su desprecio hacia mí, hasta el extremo de necesitar hacérselo sentir á los demás, y se los dijo; yo era un cobarde: ¿no habían visto cómo procuraba huir siempre las riñas? ¿no habían observado cómo me estremecía muchas veces, con sólo que me gritasen mi nombre cerca, para llamarme cuando estaba distraído?

¡Si era yo miedoso como una mujer, más, más cobarde que una niña! Lo verían. Y lo vieron. Al entrar á mi dormitorio dí un grito, y salí corriendo.

Los brazos musculosos de Joaquín me sujetaron en la misma puerta, y tal fué el estruendo de las carcajadas, que deben de haber despertado de su profundo sueño al esqueleto que yacía en mi cama, y él mismo debe haber reído del terror que me inspiró su descarnado é inofensivo cuerpo.

—También los cobardes matan; cuidate—le dije enfáticamente, ridículamente, cuando estuvimos solos.

Un día puso en mis manos un revólver para que le matara y ¡no le maté! Enfrente, con los brazos cruzados, sonriendo y mirándome con fiereza, aguardó hasta que arrojé el arma al suelo.

Imposible, me estaba mirando.

¿Temí errar el tiro? ¿Temí las consecuencias si lo acertaba?

No sé; «¡tuve miedo!» es lo único que puedo afirmar.

Mi mal se exacerbó.

Cuando bebía alcohol, al contrario de lo que yo había notado en otros, me volvía aún más cobarde, y al siguiente día peor; sobre todo la soledad era lo que más me aterrorizaba. No quería hallarme solo.

A menudo, en las noches, cuando inclinado sobre el libro, procuraba la resolución de un problema, sentía entrarme el miedo por la cabeza, caerme como si fuese un chorro de agua.

Y muchas veces la misma palabra me abofeteó: «cobarde, cobarde;» en sueños la oía; salía de una garganta poderosa, me ensordecía, y después como si me rodeasen montañas y montañas, el eco me la arrojaba muchas veces á la cara: «cobarde, cobarde.»

Decidí matarle; me vindicaría á los ojos de quienes me creían incapaz de dar muerte ni á un perro. Me vindicaría á mis propios ojos.

Me urgía confirmar lo dicho: «también los cobardes matan», y así me libraría de aquel dominador mío.

Me bañaba con sus terribles miradas, me recorría con la vista de la cabeza á los pies, y en el lugar en que más se detenía mirándome, allí mismo, sentía el pinchazo de las agujas de sus miradas y por allí me entraba la inyección del miedo que se difundía lentamente por el cuerpo. Necesitaba evitar que me viese, llegar sin que sintiera mi aproximación, matarle por la espalda.

Gozaba durante el día con la idea de mi venganza, pero por la noche mis sufrimientos eran grandes; despertaba sobresaltado buscando bajo la almohada mi acariciada arma, temía que me la robasen, que él, conocedor de mis intenciones, se me adelantara y fuera á darme muerte. Y sin embargo no acababa de resolverme á llevar á cabo mis propósitos.

Pero ese día me injurió nuevamente: «Eres un cobarde.» y me volvió con desprecio sus anchas espaldas presentando un magnífico blanco, aun para mi mala puntería.

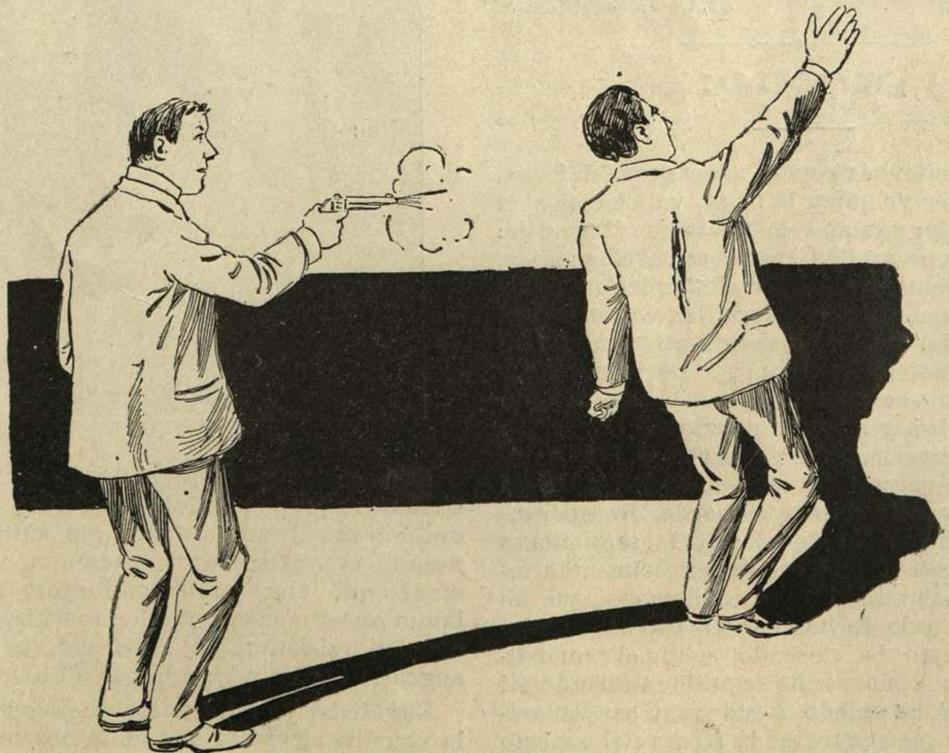
Sin vacilar ya, hice fuego, y cuando le ví caer agitándose como culebra herida, temía que se levantara, y disparé, disparé hasta que ya no hubo proyectiles en el cilindro ¡qué lástima! ¿Qué habrá pensado cuando se revolcaba en la sangre que le brotaba de la herida abierta por la mano de este cobarde?

Y hoy, en la prisión, me siento libre, aligerado de aquella mirada abrumadora, independiente de aquel dominio.

Yo que he sido desesperantemente miedoso, irremisiblemente cobarde, me siento algunas veces curado de mi mal; ya no huyo á la soledad, y creo sentirme valiente.

Ahora comprenderá usted porque maté á ese hombre.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.



# LOS LUNARES DE MEXICO.

En el dorado siglo XVIII, el infinitamente galante y el infinitamente perverso, los artistas capilares, vulgo peluqueros, á sus delicadas labores unían otra que ya ha pasado al olvido, barrida por las juiciosas simplicidades y sencilleces de este siglo moribundo. Me refiero al arte de hacer lunares. Un lunar, para la estética erótica del siglo pasado, era algo sublime. Se me dirá que todavía hoy los lunares están en auge, puesto que suelen aún florecer *en los labios* de los poetas; pe-

México es una ciudad hermosa entre todas las ciudades hermosas. Su clima inmejorable, la opulenta cadena de montes que la rodea, la exuberante vegetación de sus alrededores, todo contribuye á que llegue á ser una gran capital en la más lata extensión de la palabra.

Y en gran parte lo ha logrado ya. El cosmopolitismo se ha infiltrado en ella, como se infiltra siempre en todas las grandes metrópolis, hasta el grado de borrar toda diferencia entre la

*boulevard*, á la hora de los paseos vespertinos, cuando esplenden las doradas incandescencias de los aparadores y repercuten sobre el asfalto los cascotes de soberbios corceles que tiran de magníficos trenes, es igual á cualquier calle céntrica de cualquiera metrópoli europea.

Las tiendas de todos los giros son espléndidas en el centro de la ciudad; por doquiera se levantan suntuosos palacios para residencias particulares; la Calzada de la Reforma es un paseo que



ro hay que advertir que, con la honrosa excepción del fresco viejo Cuernavaca, los poetas que hoy cantan los lunares andan como los tranvías de esta muy noble y leal ciudad, es decir, atrasados.

Antaño sobre todas las mesas de toilette de toda mujer hermosa y hasta de toda mujer fea, había estuches con lunares artificiales; les había de tafetán para imitar las motitas lisas y opacas, y de terciopelo para imitar esas manchas lustrosas y velludas de la piel que semejan minúsculas zaleas. Los drogueros de entonces vendían millares de esas ruedecillas, y los de hoy, en materia de ruedecillas, sólo venden billones de confetti; en cambio, anuncian á montones los específicos para cubrir lunares *disgraciosos* que dicen los franceses, y los epilatorios para limpiar el cutis de todo vello, aun cuando sea fino y suave como el del durazno. De todo lo cual, lógicamente se deduce que en este siglo les ha caído polvo á los lunares.

Una metrópoli es como una mujer hermosa: puede ser que un pequeño lunar en sitio propicio contribuya á embellecerla, subrayando su carácter; pero confesemos que es muy difícil atinar con la oportunidad del sitio y del lunar, y por ende sería preferible que tales lunares no existiesen, so peligro de dar al traste con la mejor estética.

vida central ostensible de París y de Roma, de Londres y de Madrid, de Berlín y de Viena.

Ese cosmopolitismo que trae aparejadas la belleza, la comodidad y la limpieza, siempre empieza á infiltrarse por el corazón de las ciudades. El corazón de México es ya completamente cosmopolita; la avenida de Plateros y San Francisco, tan impropriadamente calificada por nosotros de

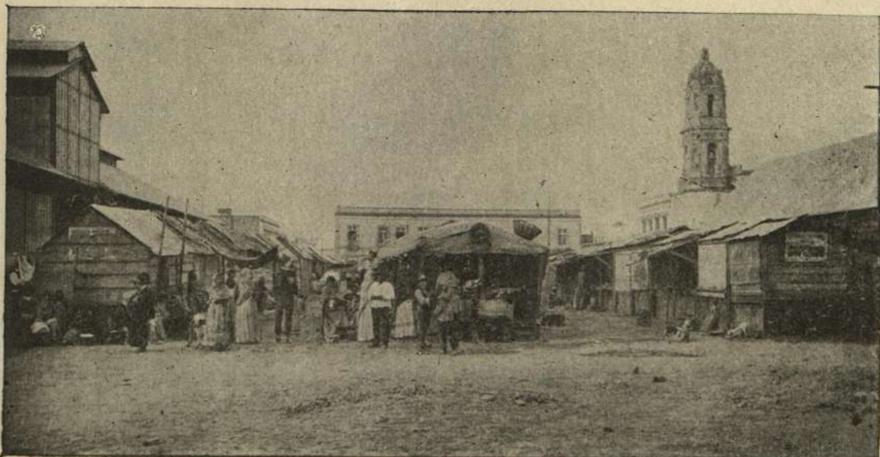
muy poco tiene que pedir á sus análogos de Europa; el bosque de Chapultepec, umbroso y centenario, engastando al histórico Castillo como á una piedra preciosa montada al aire, es envidiable y toda gran ciudad se enorgullecería de poseerlo.

La vida de México corresponde al metropolitanismo del cuadro. La animación es grande á todas horas y la vida nocturna empieza á iniciarse hasta donde lo permite la índole tranquila y apartada de nuestras costumbres sociales. En fin, el cosmopolitismo ha sentado sus reales de tal suerte entre nosotros, que muchos extranjeros que vienen á la vieja capital de Moctezuma, ávidos de exotismo y de novedad, sufren grandes decepciones al encontrarse simplemente con una ciudad moderna y civilizada.

¡Pero si se apartaran un poquillo del centro!...

Es natural, por lo demás, que las cosas feas de las metrópolis se manifiesten en los barrios más ó menos alejados, á los que no llega el movimiento que podríamos llamar netamente metropolitano y que es producido por el tráfico mercantil y administrativo, y á los que las miradas de la gente culta y quisquillosa casi nunca penetran, si no es muy de tarde en tarde, superficialmente, y guiadas sólo por móviles de curiosidad ó de documentación.

Escena en la calle de la Merced.



Las barracas de la Plaza de San Juan.



Plazuela del Jardín, [a] El Baratillo.

Los barrios son las enfermedades y deformidades de la metrópoli: pueden ser arrugas, gibas, pústulas, llagas ó abscesos. ¿Son curables? ¿Son amputables? Creemos que sí, pero es evidente que para tales operaciones háse menester de un gran transcurso de tiempo, porque muy á menudo la causa de semejante dolencia, más que en vicios de conformación y en negligencias de cuidado, radica en impurezas de la sangre, que no se curan más que con prolongadas sujeciones de todo el organismo á determinados regímenes de fortalecimiento. Es sabido que la sangre de las ciudades es su vecindario.

El específico único que purificará esa sangre, es el progreso moral, y la forma en que ha de administrarse es en prédicas, en periódicos y en libros. Y nosotros debemos confesar que siempre, aunque lentamente, hemos venido notando la mejoría de nuestra metrópoli porque ya sus llagas secretan menos podredumbre, ya sus barrios producen menos homicidios. Por ende, estamos convencidos de que debemos seguir aplicando el remedio.

\*\*\*

¡Los barrios! Si á uno de esos turistas superficiales y numerosos que de las ciudades que visitan no ven sino el rostro, es decir, el centro de elegancia, de placer y de dinero, lo lleváramos por modo para él inconsciente á cualquiera de nuestros barrios y de golpe le preguntáramos en qué ciudad se encuentra, de seguro no sabría qué contestar.

Si, por azar, nuestro turista era gente *viejada* y observadora, es casi seguro que, al mirar las casucas agrietadas, bajas y planas, y los pavimentos sueltos y polvosos, y los caños reventados, diría:



Una escena en el Baratillo.

Una que otra mujer de enagua almidonada y crujiente, de rebozo nuevo, arracadas de cobre y botín de charol, uno que otro charrillo ataviado de paño, de sombrero galoneado, tilma al hombro y zapato de vaqueta rechinante. Estos son los tipos pintorescos, los que con una buena mano de idealismo de parte del poeta y otra de buena voluntad de parte del público, pudieran pasar á la escena nacional metropolitana siempre que ésta sea del género chico.

Pero en lo general: miseria, suciedad y descuido, son la síntesis de nuestros barrios.

Algunos de ellos que fueron nuevos hace más ó menos tiempo, pero que ya han dejado de serlo, esperan todavía su definitiva adopción por la ciudad en forma de pavimento y de empedrado: de modo que son desiertos de Sahara con formidables *simounes* en tiempo de sequía, y tenebrosos y traidores lodazales en tiempo de aguas.

Afortunadamente que esos lunares los tiene nuestra metrópoli en partes poco visibles de su cuerpo, que si no fuera así, ¿que dirían de nosotros las naciones extranjeras?

\*\*\*

¿Conocéis el Baratillo? No es probable, porque las dos tercias partes de los habitantes de esta ciudad no conocen esa interesante *mexican curiosity*, no obstante que la tenemos á un paso y que es una especialidad neta de la metrópoli. Pero los metropolitanos somos así: dejamos que nos observen, analicen y conozcan algunos extranjeros y muchos fuereños; nosotros sólo nos movemos de la Alameda al Zócalo y del Zócalo á la Alameda.



La Candelarita de los Patos.

—Es un suburbio de Marruecos, pero con los habitantes disfrazados.

—No, señor: esto es México, la capital de la República Mexicana, la antigua y noble Tenoxtitlán; estamos en plena América civilizada, no en Africa.

—¡Quite usted allá! si México tiene hermosísimas calles y avenidas, bordadas de lujosas tiendas y surzadas de elegantes trenes; magníficos parques umbrosos sembrados de bronce de arte y regocijados por los vibrantes ecos de estupendas músicas militares y por las inquietantes miradas de muchas mujeres, bellas como un ensueño! No, ésto no es México. ¿No ve usted que el ilustre Barón de Humboldt, hace casi un siglo, llamó á México *la ciudad de los palacios*?

A lo que nosotros contestáramos sin vacilar:

—Muy bien, amigo mío, pero en primer lugar, el Señor de Humboldt era muy galante, y en segundo..... no conoció nuestros barrios «bajos.»

El que no lo quiera creer, que se dé una vueltecita por los Angeles, la Merced, la Palma, la Candelarita de los Patos, el Carmen, la Soledad, Santiago Tlaltelolco, Martínez de la Torre, el Baratillo, etc., etc.

Casas bajas, viejas, sucias y agrietadas; olor de miseria, de hacinamiento y de podredumbre; pululación de un vecindario abigarrado, soez, desvergonzado y asqueroso. Las pestilentes pulquerías como centro de reunión de muchas malas hembras y de muchos hombres de valiente renombre á diez cuadras á la redonda; ellas desgrefnadas y desceñidas, mal terciado el rebozo descolorido sobre flotante saco agujereado, que acusa por modo poco decente, como diría un maestro nuestro, las lastitudes de la carne; enzarapados ellos y de pelo hirsuto y luengo que se escapa por las roturas del sombrero de palma.



La vecindad de San Antonio, Barrio de la Soledad de Santa Cruz

El Baratillo es un formidable lunar de México, es una cosa superlativamente fea.

Participa del aspecto de un suburbio constantinopolitano de truhanes y de mercachifles y de una verdadera Corte de los Milagros.

Todo el que por vez primera se encuentra frente al Baratillo, titubea mucho rato antes de atreverse á penetrar en aquel hormiguero erizado de barracas de madera ennegrecida y apestosa.

Y si penetra, puede estar seguro de que irá pasando de sorpresa en sorpresa, en el conjunto y en los detalles, y le parecerá un sueño que toda esa población de podredumbre y de fealdad exista dentro del casco de nuestra ciudad.

El Baratillo es la Bolsa de nuestro pueblo, y las mercancías que allí se cotizan se componen de todos los desechos de la ciudad y de todos los hurtos del género chico. Por ende, es el Baratillo constante albergue y no pocas veces ratonera de rateros; por ende, cada barraca del Baratillo tiene un aspecto original é indescriptible, entre kalkidoscópico y macabro.

Venden allí ropa de todas clases, interior, exterior é intermedia, pero en el extremo estado de uso; perillas, fierros viejos, sombreros, zapatos, todo lo que una ciudad desecha, después de haber pasado por muchas manos y por muchos dueños.

Allí, tras de una sabia transformación, tras de un artificial rejuvenecimiento, todo vuelve á ser revendido y vuelve á ser usado por los brujas de



Primera calle de las Damas



Callejón del Puente de Solano.



Calle de Roldán.

solemnidad, y hay elegante levita cruzada que tras de repetidas metempsicosis baratillescas acaba en guante de plancha ó en gorra de «golfo.»

A la vuelta de cualquiera calle amplia, limpia, moderna y aereada, se tropieza con callejones angostos, sucios y mal olientes, como el de la Alcaicería, los de Dolores y el de Tabaqueros; otros, cerrados en un extremo, constituyen verdaderos *culs de sac*, como el del Progreso [sic!]

Lunares también son las vendimias ambulantes de fritangas y de *carnitas*, que son muy capaces de voltear al revés los estómagos delicados, así como las pulquerías que trascienden á algo que no se puede escribir y que á lo mejor aparecen en las esquinas de las calles céntricas y nuevas.

¡Y las tortillerías! ¡Y las vecindades!

En las primeras, dentro de un cuartucho de cuatro metros cuadrados, aparecen cinco molenderas, una cocinera y ocho *chamacos* en traje natural y primitivo. En aquella pesada atmósfera de sudor, sin ventilación alguna, se *confeccionan* las trigueñas tortillas de maíz que se ofrecen al mercado y cuyo aspecto, francamente, mata el gusto por el "pan nacional."

Las vecindades son también pavorosas: cuartos sin más ventilas que la puerta que da al patio común, en las cuales viven familias enteras; W. C. primitivos que sólo se limpian por campanada de vacante; horribles hacinamientos de gente miserable que trabaja dos días de la semana para embriagarse cinco. . . . .

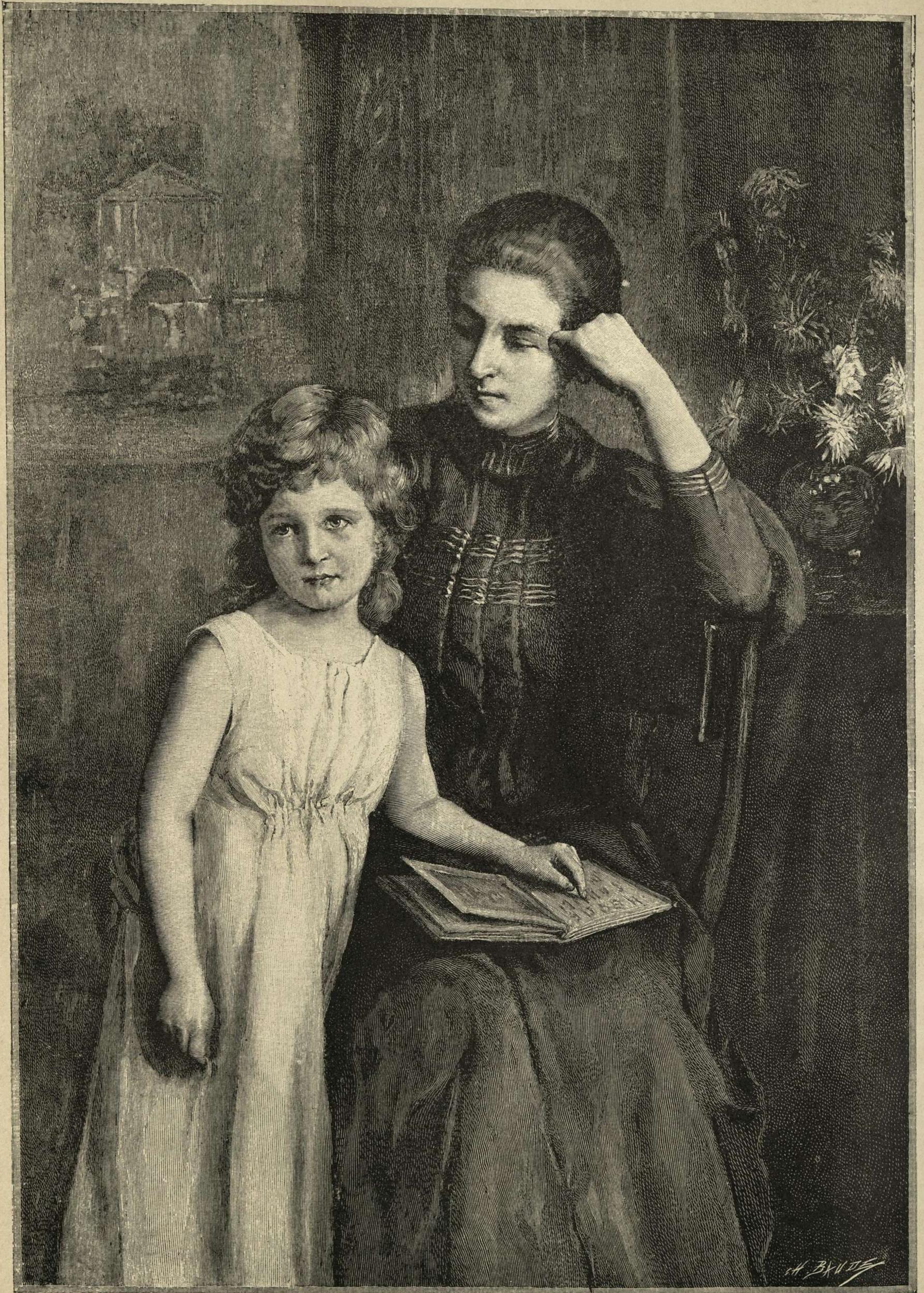
¿Desaparecerá todo eso?

Es de esperarse, pero de esperarse. . . . .

tao. ARDÍN.



Callejón de la Alcaicería



**EL ABECEDARIO**

*Mlle. Thornam.*